

# Filosofía y Nación

Estudios sobre  
el pensamiento  
argentino

José Pablo  
Feinmann

# Filosofía y Nación

Estudios sobre el  
pensamiento argentino

José Pablo Feinmann

Ariel, Buenos Aires, 1996  
Edición definitiva

La paginación se corresponde  
con la edición impresa. Se han  
eliminado las páginas en blanco

*Letra e*

ciones, ha permanecido allí, sometiéndose de este modo a las limitaciones de un abstracto politicismo. La ausencia de un análisis totalizador del texto produjo en alguno de ellos un error ejemplar: la pretensión de estudiar críticamente a Sarmiento con la misma metodología que éste empleó para estudiar críticamente a Quiroga.

Por *análisis totalizador* entenderemos aquí la puesta en evidencia de las relaciones entre los elementos teóricos, estéticos y político-ideológicos de la obra para extraer de ésta su más plena significatividad. Realizaremos esta tarea a través de una *estructuración expresiva* de ciertos textos que, si bien puede extraerlos del inmediato contexto en que se encuentran, terminará remitiéndolos siempre a otra significatividad más abarcante y ordenadora: la antinomia *racionalidad-irracionalidad*.

## NATURALEZA E HISTORIA

La escena ya dura dos horas mortales: Facundo Quiroga acaba de descubrir el miedo y desde lo alto del árbol observa fascinado la mirada del tigre. Todo parece indicar que se trata de la vieja lucha entre el hombre y la naturaleza. *Pero no es así*. “También a él le llamaron *tigre de los llanos*, i no le sentaba mal esta denominación, a fe. La frenología i la anatomía comparada, han demostrado, en efecto, las relaciones que existen (...) entre la fisonomía del hombre i la de algunos animales a quienes se asemeja en su carácter.”<sup>1</sup> Eran dos tigres los que se enfrentaban. Comprobamos así que apenas aparece Quiroga, Sarmiento lo sumerge de inmediato en el mundo de la naturaleza. Será necesario penetrar ese universo, develar su lógica interna e inqui-

rir entonces por las causas profundas de las guerras civiles argentinas. Son éstos los propósitos del *Facundo*.

La obra comienza mostrando “al campesino argentino (...) tal cual lo ha formado la naturaleza i la falta de verdadera sociedad en que vive” (pág. 67). Este texto nos entrega dos de las tesis centrales del *Facundo*: a) el gaucho es producto directo de su medio, *es naturaleza*; b) vive en sociedad, lo cual implica un orden; esta sociedad, sin embargo, *no es verdadera*: para serlo, como veremos, necesitaría implicar otro tipo de orden. Analizaremos la primera proposición.

El tigre cebado, la víbora, la horda salvaje, todo el violento mundo de acechanzas que rodea al gaucho imprime en él “cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida” (pág. 30). Estos hombres, en efecto, dan y reciben la muerte con indiferencia, ninguna tragedia deja en ellos “impresiones profundas i duraderas” (pág. 31). Ya se sabe: la naturaleza no es moral. Nada tiene que ver un cataclismo con el dolor, el bien y el mal o la justicia.

Los arquetipos de gaucho que distingue Sarmiento ejemplifican claramente esta primera tesis: *el gaucho es naturaleza y no espíritu*. Si es poeta, lo será por puro determinismo: “¡La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte!!! He aquí ya la poesía (...) De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza” (pág. 49). La asombrosa eficacia del baqueano y el rastreador no reconoce fundamentos inteligibles. Sólo radica en identificarse más hondamente que nadie con el entorno natural: “El Baqueano (...) está en todos los secretos de la campaña” (pág. 56).

Pasemos ahora al análisis de la segunda proposición. El gaucho vive en sociedad, afirma Sarmiento. Pero se trata de un tipo especial de sociedad: una sociedad no verdadera. O mejor aún: una sociedad desasociada. Veamos cómo es esto.

Uno de los rasgos salientes de la campaña argentina radica “en que la mano del hombre apenas ha necesitado cortar algunos árboles i matorrales” (pág. 34). Todo parece indicar que aquí “la naturaleza salvaje dará la lei por mucho tiempo” (pág. 34). De este modo, el hombre, como elemento creador, está de más en este mundo. Y esto es decisivo: el gaucho podrá enfrentarse cuanto quiera con la naturaleza, *pero nunca podrá transformarla*. Para conseguirlo, tendría que tomar distancias frente a ella, superarla y acceder entonces a un orden radicalmente opuesto. Pero esto no está dentro de sus posibilidades.

¿Qué hace este hombre entonces? ¿En qué ocupa su tiempo? Todo lo invita a la dispersión: desde niño ha aprendido a andar a caballo y también esto “es un nuevo estímulo para dejar la casa” (pág. 66). “Hai necesidad, pues, de una sociedad ficticia para remediar esta desasociación normal” (pág. 66). Aparece la pulpería, “asamblea sin objeto público, sin interés social” (pág. 67).

Pero la exultante vitalidad del gaucho, su irrefrenable poder natural, es demasiado enorme para confinarse en ámbito tan reducido. Resulta, así, provechoso el estallido de la revolución de 1810: “La vida pública que hasta entonces había faltado a esta asociación (...) entró en todas las ventas, i el movimiento revolucionario trajo al fin la asociación bélica en la montonera provincial, hija lejitima de la venta i de la estancia, enemiga de la ciudad i del ejército patriota revolucionario” (pág. 72). Ya tenía

el gauchaje un motivo para dilapidar fuerzas. Es cierto que la revolución “era solo interesante e inteligible para las ciudades argentinas, extraña y sin prestigio para las campañas” (pág. 73). Pero igual había en ella algo fascinante: “sustraerse a la autoridad del rei, era agradable, por cuanto era sustraerse a la autoridad” (pág. 73). Si enumeramos las posibilidades que la revolución otorgaba a los gauchos (ejercitar sus fuerzas, sus disposiciones guerreras, su odio a la autoridad), comprendemos que no podían sino entregarse a ella con ardor. Así nació la montonera, que no sólo enfrentó a los realistas sino también a los patriotas: al viejo y al nuevo orden. Pues enfrentarse al orden era su destino. Y fue un caudillo, Artigas, el primero en convertirla en su instrumento, “instrumento ciego, pero lleno de vida, de instintos hostiles a la civilización europea i a toda organización regular” (pág. 75). Instinto, vida, movimiento ciego, la montonera es, sin duda, el elemento más violento y destructivo que produce la naturaleza.

A esta sociedad desasociada, no verdadera, ficticia, opone Sarmiento una sociedad asociada, verdadera y real. Si la primera se encontraba en las campañas, el lugar de la segunda estará en las ciudades.

Lo primero que advertimos al penetrar en este territorio es la vigencia de un determinismo hasta ahora inédito. Es cierto que aquí también influye lo geográfico, lo racial; que la Argentina, por su especial configuración, no podrá ser sino unitaria (pág. 137); que Buenos Aires le debe a su puerto todo su poder. ¿Qué fue, sin embargo, lo que produjo la revolución de 1810? Sarmiento no deja dudas: “el movimiento de las ideas europeas” (pág. 73). Es decir: “Los libros, los acontecimientos, todo llevaba a

la América a asociarse a la impulsión que a la Francia habian dado Norte-América i sus propios escritores, a la España, la Francia i sus libros” (pág. 73). *Al determinismo mecánico e inerte de las campañas se opone el determinismo cultural e histórico de las ciudades.*

Lo fundante en este proceso es la ciudad. Pues si las ideas europeas son (a través de sus libros) determinantes es porque hay una ciudad para recibir las e interpretarlas. Es cierto que la ciudad se realiza como tal sólo en la medida en que incorpora esos elementos, pero este proceso necesita para su despegue la existencia previa de una asociación verdadera, *humana y no natural*: “no puede haber progreso sin la posesión permanente del suelo, sin la ciudad, que es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre, i le permite estender sus adquisiciones” (pág. 40). *La vida de las ciudades se da en el modo de la mediatez. El hombre de la cultura introduce a la ciudad entre él y la naturaleza.*

Todo lo contrario ocurría con el gaucho. Carente de una sociedad verdadera, de *res pública, su relación con la naturaleza no puede ser sino inmediata*.<sup>2</sup> Para Sarmiento: “La vida de los campos arjentinos (...) *es un orden de cosas*” (pág. 71, bast. nuestra). Por eso era tan engañosa esa primera escena entre Facundo y el tigre: el gaucho, sin la ciudad como elemento mediador, sólo puede enfrentarse a la naturaleza como parte integrante de ella. Perderse una y otra vez en esa silenciosa facticidad, jamás trascender lo dado: he aquí su destino irreparable. En las campañas, en efecto, “la fiera i el hombre se disputan el dominio de la naturaleza” (pág. 90), “la civilización es del todo irrealizable, la barbarie es normal” (pág. 42). Epitafio: “La cultura del espíritu es inútil e imposible” (pág. 69).

El hombre de la ciudad también lucha con la naturaleza. Este hecho, sin embargo, lejos de identificarlo con el gaucho, nos revela no sólo sus diferencias sino también sus oposiciones. Pasamos aquí de un proceso natural a un proceso cultural, de un orden de cosas a un orden de valores, de la pasividad refleja a la actividad creadora. “¡Cerquen, no sean bárbaros!”, tronaba Sarmiento.<sup>3</sup> Admirable poder de síntesis: ahí está todo. Dejar vacas sin marcar, campos sin alambrar, eso es barbarie. La misión del hombre, por el contrario, *radica en introducir determinaciones en la naturaleza*. Pues si para Sarmiento, como para Hegel, la naturaleza es exterioridad, todo consistirá en interiorizar (civilizar) esa exterioridad, alambrarla, poblarla, marcarla con los signos de lo humano.

Como vemos, *Civilización y Barbarie* es también otra forma de expresar el enfrentamiento entre *teleología (fin)* y *causalidad (ley)*. En resumen: si la naturaleza existe abandonada al acaso, si es el mundo de lo inerte, la tarea del hombre (que es civilizarse) radicarán en alejarse cada vez más de lo natural, *desnaturalizándolo*. La civilización, pues, es lo racional porque responde a las ideas de *orden* y *valor*. Y este orden debe ser *universal*, pues lo que se realiza en él es, precisamente, un universal: *el Hombre*. No es otra la justificación filosófica que *Facundo* propone del expansionismo imperial europeo. Volveremos sobre esto.

#### VIDA DE JUAN FACUNDO QUIROGA

Es conocida la predilección de Sarmiento por las formas biográficas. Tenía sus motivos: lector de Cousin, había tomado de éste la teoría hegeliana



## SEXTO ESTUDIO

### El pensamiento del Interior mediterráneo

#### EL *MANIFIESTO* DE FELIPE VARELA

Fortificado el paso de Curupaytí, en agosto de 1866, Solano López ha decidido ceder la iniciativa a los aliados. Tropas argentinas y brasileñas preparan un ataque combinado y decisivo. Habrá de transcurrir todavía un mes hasta la llegada del día señalado, un memorable 22 de setiembre. La escuadra brasileña tenía por misión despedazar las fortificaciones que, pacientemente, con ayuda de técnicos extranjeros, había erigido López. “Sin esperar a que la escuadra cumpliera su objetivo, o en la creencia de que lo había cumplido (esto no ha sido nunca bien aclarado), Mitre ordenó el ataque, con tan mala fortuna, que la acción resultó desastrosa para los aliados. La fortaleza era en aquel momento inexpugnable y en una hora quedaron de nueve a diez mil hombres fuera de combate. Los paraguayos perdieron cincuenta.”<sup>1</sup> Las sombras del desprestigio acababan de abatirse sobre Mitre. De allí en adelante, la conducción total de la guerra quedaría de hecho en manos del Brasil.

La derrota repercute en Buenos Aires. Varios in-

telectuales, denominados *traidores* por la prensa mitrista, escriben violentos artículos en favor del Paraguay, contra la guerra y contra el Imperio del Brasil. Fueron Miguel Navarro Viola, José y Rafael Hernández, Carlos Guido Spano, Aurelio Palacios, etc. También se nuclearon alrededor de algunas sociedades. La *Unión Americana*, entre otras.

Pero la verdadera apertura del frente interno, la que más habría de convulsionar la estrategia de Mitre, estalló en las provincias del Oeste y Norte del país. Estos territorios, que habían gozado durante largo tiempo de los beneficios de sus nacientes industrias, acabaron siendo asolados por la política librecambista de Buenos Aires. Suprimidas las aduanas interiores, imposibilitados de competir con las mercancías que el puerto dejaba pasar, su futuro se les presentaba como un largo e inacabado estancamiento. Eligieron entonces su única posibilidad: elaborar un proyecto político absolutamente opuesto al del mitrismo y lanzarse a un enfrentamiento total.

El estallido revolucionario se produce inicialmente en las provincias de Cuyo. Carlos Juan Rodríguez, un puntano que acaba de padecer seis años de cárcel por haber sido senador al Congreso de la Confederación en Paraná, se pone al frente del movimiento. En Buenos Aires saben perfectamente cómo definirlos: son salteadores —dicen—, vulgares delincuentes. Casi por descuido, les conceden a veces títulos más importantes: el de *traidores a la patria*, por ejemplo.<sup>2</sup>

Mitre no tiene alternativa: detenida la guerra por el desastre de Curupaytí, debe regresar del frente con todo un ejército para sofocar el levantamiento del Interior. Paunero, Paz, Elizalde y otros se lo habían solicitado insistentemente: *la situación era*

*grave*.<sup>3</sup> Impopular en las provincias, la guerra del Paraguay era considerada un asunto exclusivo de Buenos Aires. Batallones enteros de milicias se sublevaban e iban a reunirse con los caudillos mediterráneos. Mitre, entre tanto, hilvanaba algunas reflexiones: “si casi todos los contingentes incompletos de las provincias no se hubiesen sublevado (...), si una opinión simpática al enemigo no hubiese alentado la traición (...) ¿quién duda que la guerra estaría terminada ya? (...) Por lo que respecta a los desórdenes de las provincias obedecen a las mismas tendencias”.<sup>4</sup> El pronóstico de estar en tres meses en la Asunción, tan magníficamente altivo, tan entrador para los sueños de gloria de los jóvenes porteños, se revelaba ahora como una frase hueca, apresurada y torpe.

En diciembre de 1866, un oficial de la Confederación urquicista, uno de los hombres que más intensamente ha luchado por continuar la empresa detenida en Pavón, un lugarteniente de Peñaloza, un soldado que ya ha guerreado en *Lomas Blancas* y en *Las Playas* (1863) contra las tropas de Sandes y Paunero, un político que ha escrito cartas a Urquiza, un exiliado, un perseguido, cruza la cordillera de los Andes con muy pocos hombres y escaso armamento. Es el coronel Felipe Varela y acaba de lanzar una proclama a sus compatriotas.

Lo que quizá distinga a Varela de otros caudillos federales (Peñaloza especialmente) es esa penetrante lucidez política con que interpreta los alcances y fines de su propio movimiento. La *Proclama* del '66 y el *Manifiesto* del '68 *constituyen uno de los más altos momentos del pensamiento argentino*. Hay en estas páginas, es cierto, menos rigor, menos claridad que en aquellas de Sarmiento o Alberdi que postulan la necesaria complementación de nuestra

economía al mercado mundial. No podía ser de otro modo. La incorporación dependiente de los nuevos territorios a la economía y la política de las potencias europeas, estaba en “el espíritu de los tiempos”. No tuvieron —en este aspecto al menos— que esforzarse demasiado Alberdi, Sarmiento y los demás liberales: *todo les fue dado*. Adam Smith, Ricardo, los historiadores franceses, ya se habían tomado el trabajo de pensar nuestra ubicación en la historia. No había sino que escuchar lo que la *Cultura Humana* decía a través de ellos, sus elegidos. Más ardua, más desamparada, resultó la tarea de hombres como Varela. *Ellos tuvieron que inventarlo todo*.

“¡Soldados federales! —dice Varela en su *Proclama*—<sup>5</sup> nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguai, y la unión con las demás Repúblicas Americanas. ¡¡Ay de aquel que infrinja este programa!!” Define también la situación de los hombres del Interior frente a Buenos Aires: “Ser porteño es ser ciudadano exclusivista: y ser provinciano, es ser mendigo sin patria, sin libertad, sin derecho”. Denuncia la política económica del liberalismo: “Nuestra Nación, tan feliz en antecedentes, tan grande en poder, tan rica en porvenir, tan engalanada en glorias, ha sido humillada como una esclava, quedando empeñada en más de cien millones de fuertes, y comprometido su alto nombre á la vez que sus grandes destinos”. Y señala un culpable: “Esta es la política del Gobierno Mitre”.<sup>6</sup>

El 13 de enero de 1868, en Bolivia, Varela da a conocer su *Manifiesto*. El texto aparece encabezado por un lema que sintetiza su principal proyecto político: “¡Viva la Unión Americana!”. Se trata de la vieja idea de Bolívar que acaba de ser actualizada a

raíz del ataque norteamericano a Santo Domingo, de la agresión francesa a México y la española al Perú. En las principales ciudades del continente se instalan sociedades de la *Unión Americana*. Varela, estando en Chile, asiste a las reuniones de la filial de Copiapó.

El otro gran tema del *Manifiesto* es el de la absorción de las rentas aduaneras por Buenos Aires. “Buenos Aires, á título de Capital es la provincia única que ha gozado del enorme producto del país entero, mientras en los demás pueblos, pobres y arruinados, se hacía imposible el buen quicio de las administraciones provinciales, por la falta de recursos.” Y Varela concluye con la clara percepción del proceso de colonialismo interno que se daba en la República: “Buenos Aires es la metrópoli de la República Argentina, como España lo fue de la América (...) He ahí, pues, los tiempos del coloniaje existentes en miniatura en la República, y la guerra de 1810 reproducida en 1866 y 67, entre el pueblo de Buenos Aires (España) y las provincias del Plata (colonias americanas)”.<sup>7</sup>

Tienen estos temas un claro origen alberdiano. Y más aún: pertenecen al pensamiento del litoral no porteño, de la Confederación. Olegario Andrade, en un folleto publicado en Entre Ríos en 1866, hacía su denuncia en los mismos términos de Varela: “La Metrópoli había cambiado de nombre. En vez de Madrid se llamaba Buenos Aires (...) En vez del coloniaje extranjero y monárquico, tuvimos desde 1810 el coloniaje doméstico y republicano”.<sup>8</sup> Sin embargo, las diferencias entre estos dos pensamientos se tornan evidentes de inmediato. Veamos cuál es el orden de prioridades que establece Andrade en su folleto: “¿Cómo se complace a Buenos Aires? Claro está: manteniendo la clausura de los

ríos, el exclusivismo del puerto, el monopolio del comercio, y finalmente absorbiendo todo interés nacional en provecho de Buenos Aires”.<sup>9</sup> El tema a través del cual se da el acuerdo con Varela (apoderamiento de las rentas nacionales) se consigna en último término. *Finalmente*, escribe Andrade antes de introducirlo. Entre tanto, los temas a los cuales Andrade otorga superlativa prioridad, *no aparecen en el Manifiesto de Varela*. Varela, en efecto, no hace referencia a la libre navegación de los ríos ni al monopolio del puerto, porque su pensamiento se estructura dentro de una línea americanista que implica la negación de la libertad de comercio con las potencias ultramarinas de Europa. Antieuropeo, antiliberal, proteccionista, el pensamiento político de Varela parte de fundamentos distintos de los de Alberdi, Andrade o José Hernández. Empeñados liberales, amantes del progreso y las luces del viejo mundo, estos autores (pese a su innegable patriotismo) imaginaron siempre nuestro desarrollo a través de una complementación dependiente con los mercados de Europa. Complementación, eso sí, que no se hiciera en provecho de Buenos Aires, o *solamente* de Buenos Aires, sino del litoral entrerriano. Varela, entre tanto, se expresaba en otro lenguaje. Proponía al continente americano “El medio de ser fuerte, invencible, grande, glorioso, es decir: la Alianza de las Repúblicas para repeler las ambiciones monárquicas de Europa”.<sup>10</sup>

#### LA GUERRA DEL PARAGUAY

Necesidad interna de la política mitrista, sería difícil encontrar la causa principal que motivó llevar la guerra a territorio paraguayo. Fueron dema-